

MAURIZIO DARDANO:

Manualetto di Linguistica Italiana

Bologna: Zanichelli Editore S. p. A. 1991, 242 páginas

Este breve manual de lingüística italiana, según anota el mismo autor en el prólogo, está destinado a los que estudian las disciplinas humanísticas, pero también puede resultar útil, agrega, para toda persona culta que no posea las nociones técnicas necesarias para comprender cómo funciona y cómo ha nacido la lengua italiana.

En el primer capítulo, el autor aborda los principios generales de la lingüística y las distintas direcciones que han tomado sus estudios; entre ellos, también los más nuevos y recientes, como la lingüística textual y la lingüística pragmática, surgidas a raíz de las críticas de que habían sido objeto el estructuralismo y la gramática generativo-trasformacional.

El capítulo siguiente examina la lingüística del texto con cierto detenimiento. En primer lugar, define el texto como la unidad fundamental de la actividad lingüística: una unidad que corresponde a una determinada intención comunicativa y que se diferencia de la oración no tanto cuantitativa como cualitativamente. El texto es un conjunto de oraciones, pero también puede consistir en una sola oración, siempre que ésta tenga un sentido completo y represente un mensaje que el emisor considere completo. Sus características principales son: 1) tener un tema coherente; 2) tener una función comunicativa que se reconozca claramente; 3) estar al interior de una acción comunicativa concreta, esto es, en relación con una situación y con un contexto específico. Cuando usamos una lengua, tanto a nivel hablado como a nivel escrito, ocupamos no sólo oraciones aisladas, sino un conjunto de ellas, ligadas entre sí por el significado y por determinados aspectos formales y, además, conectadas con una determinada situación y con un determinado contexto que aclaran su significado. Es la gramática del texto la que describe e interpreta los fenómenos (conexión, relación y organización jerárquica) que están por sobre las oraciones aisladas. La competencia textual, a su vez, se refiere a la capacidad de reconstruir la unidad de un texto, de parafrasearlo, de resumirlo, de asignarle un título, de reconocer si está completo y de clasificarlo.

A continuación se analizan siete requisitos que un texto debe satisfacer para asegurar una comunicación clara y eficaz de un mensaje. Estos principios constitutivos son: 1) la cohesión y la coherencia, centradas en el texto; 2) la intencionalidad, centrada en quien produce el texto; 3) la aceptabilidad, que se refiere a la actitud de quien lo recibe; 4) la informatividad, que pone en evidencia la relación texto-realidad; 5) la situacionalidad, que introduce la relación texto-situación; 6) la intertextualidad, que pone de manifiesto la relación texto-otros textos. Por otra parte, los principios reguladores, precisamente, regulan la comunicación textual, es decir, un texto debe ser fácilmente producido y usado: eficiencia; debe producir cierto fin y/o efecto: efectividad; debe demostrar una composición armónica entre contenidos y aspectos textuales: apropiabilidad. Tanto estos principios como los principios constitutivos representan condiciones óptimas que, obviamente, no siempre se cumplen.

Luego se expone cómo se produce un texto. Todo acto comunicativo está ligado a su contexto, es decir, a su ubicación en una sociedad y en una cultura (o conjunto de instituciones, usos y convenciones que regulan el accionar humano); está ligado a un lugar y un tiempo; a otros textos a los cuales se refiere de manera explícita o implícita; a las acciones no lingüísticas (gestos, actitudes que acompañan a los textos orales). Por otra parte, el texto escrito está determinado parcialmente por la disposición exterior de los argumentos (compaginación, asignación de títulos y subtítulos). Por último, la interpretación de cualquier texto recibe la influencia de las expectativas de quien lo escucha o lo lee. A veces la actitud de quien habla desmiente el sentido de las palabras efectivamente pronunciadas. De este aspecto

de la comunicación se ocupa la lingüística pragmática, la cual estudia también, a nivel escrito, la relación entre el texto y el paratexto (vale decir el conjunto de títulos, la presentación, las observaciones, las notas a pie de página, las ilustraciones con sus leyendas, etc.), que representa uno de los factores principales a través de los cuales la obra "actúa" sobre el lector.

En el tercer capítulo, el autor analiza la semántica. Los principales caminos seguidos por los estudios de la semántica moderna han sido: 1) el análisis componencial, que consiste en descomponer el significado de los lexemas en unidades mínimas de significado o semas; 2) la semántica de la referencia, que estudia la relación entre los signos lingüísticos y la realidad extralingüística; 3) la semántica lógica, que indaga, mediante los instrumentos de la lógica formal, las relaciones que existen entre los significados, con el fin de individualizar las condiciones formales de los procedimientos lógicos.

La semántica, dice el sociolingüista Gaetano Berruto, es una típica ciencia de frontera, ya que se encuentra en estrecha relación con otras disciplinas como la semiología, la lógica, la psicología, la teoría de las comunicaciones, la estilística y la crítica literaria. Esta situación se debe al objeto de estudio de la semántica: el significado, una entidad polivalente y difícilmente definible en esquemas formales.

En el campo de los estudios de la semántica se pueden hacer dos distinciones fundamentales: por una parte, entre semántica diacrónica y semántica sincrónica y, por otra, entre los estudios del significado en sí, con métodos formales, rigurosos, pero sin tener en cuenta la relación entre los significados mismos y el mundo de los hablantes, y los estudios del significado en relación con la situación y el contexto. Dentro de la semántica se estudian las figuras retóricas, la etimología, la polisemia, los homónimos, los antónimos y los sinónimos.

El último subcapítulo está dedicado a la semántica de la oración, unidad en la que podemos distinguir una triple estructura: fonocústica, morfosintáctica y semántica. En los estudios de los dos primeros niveles se han alcanzado resultados satisfactorios, pero en el nivel semántico persisten dudas y prejuicios. Se han propuesto diferentes teorías; por ejemplo, se plantea que el significado de una oración deriva de la suma de los significados de sus componentes. Sin embargo, cuando la estructura de la oración se vuelve más compleja, ya no es posible dicho análisis. Muchos lingüistas sostienen que el componente semántico de una oración depende exclusivamente del léxico, pero sabemos que su significado depende también de otros factores, además del léxico, como son el gramatical, referencial, lógico, pragmático y enunciativo. Por último, algunos lingüistas ponen en primer plano el concepto de aceptabilidad; pero hay oraciones no aceptables en cuanto a significado y que sin embargo son aceptables si se toma en consideración su contexto. Además, como la aceptabilidad no puede basarse en reglas, no puede establecerse de modo absoluto. De hecho, la aceptabilidad, considerada como una consecuencia de la inteligibilidad, depende de múltiples factores que no son exactamente definibles. Por ejemplo, una oración que a primera vista no parece aceptable, puede llegar a serlo si se ejecuta con intención irónica, si se basa en información compartida o si se formula con una intención particular. Sin embargo, y a pesar de lo afirmado anteriormente, es posible establecer, en primer lugar, que existen algunas reglas semánticas, pero éstas se pueden aplicar solamente a oraciones muy definidas desde el punto de vista referencial, léxico y modal, y no todas poseen estos requisitos. Por otra parte, las oraciones tienen una estructura interna en la que podemos distinguir tres aspectos: prosódico, sintáctico y enunciativo, los cuales actúan con distinta fuerza en la lengua hablada y en la lengua escrita. No obstante estas precisiones, el problema subsiste: sabemos qué es una oración, pero no sabemos por qué significa algo.

El cuarto capítulo describe la evolución que ha tenido el idioma italiano desde el latín clásico hasta los primeros testimonios del latín vulgar.

El quinto capítulo está dedicado a la lengua y a los dialectos en Italia. En todo el mundo romance, en toda Rumania, el latín vulgar se fragmentó en una multiplicidad de dialectos que pueden subdividirse en grupos a partir de sus características lingüísticas, especialmente fonológicas, pero también léxicas, morfológicas y sintácticas. Sucesivamente, en diferentes períodos y por distintos sucesos, algunos dialectos emergieron y se impusieron sobre los otros, en las diferentes zonas de Rumania, constituyéndose en el signo distintivo de comunidades nacionales, vale decir, constituyéndose en lenguas. Así, en Italia, del dialecto florentino del

Trescientos surgió la lengua italiana; en Francia, el dialecto de la Île-de-France (el francés) llegó a ser la lengua francesa; y en España, el dialecto castellano dio origen a la lengua española.

Dardano señala que las diferencias entre dialecto y lengua en Italia, en Francia o en España, son menos importantes de lo que comúnmente se piensa. Ambos derivan del latín, ambos son sistemas lingüísticos complejos y altamente inflectados; la lengua italiana y cualquiera de los muchos dialectos hablados en la Península son igualmente legítimos por nacimiento y por desarrollo, así como igualmente funcionales en cuanto a su uso. Como el italiano, los dialectos reflejan tradiciones y culturas muy desarrolladas, poseen un léxico y una gramática con tradición escrita; por lo tanto son, para todos los efectos, una "lengua". Sin embargo, existen diferencias. En general, el dialecto se usa en un área más restringida y circunscrita con respecto a la lengua. Los motivos de la mayor expansión de la lengua son de carácter cultural en Italia y político en Francia y España. Las obras de Dante, Petrarca y Boccaccio dieron gran prestigio al florentino del Trescientos, dialecto que fue adoptado por las personas cultas y por los centros de poder de la Península. En Francia y España, por el contrario, fue el poder monárquico el que impulsó y difundió el dialecto usado en la corte. Nace, de esta manera, la lengua del estado y de la administración, reconocida por los súbditos como símbolo de la unidad nacional.

Dentro de los factores que diferencian una lengua de un dialecto está la expansión de una lengua a un área geográfica más amplia; el hecho de que esta lengua, que llega a ser el instrumento de la clase dominante, pueda ser escrita por los literatos, por los organismos de la administración periférica y el poder central; y la circunstancia (muy importante) de que ella apunte a devenir más regular dándose una "norma", establecida por los gramáticos y enseñada en la escuela. En lo que específicamente se refiere al léxico, la lengua extiende y perfecciona el vocabulario intelectual (escritores y científicos escriben en ella); el dialecto, por su parte, enriquece sobre todo los términos que se refieren al mundo rural.

Dentro de los factores de carácter social que distinguen la lengua del dialecto, Dardano menciona los siguientes:

1. La lengua se somete a una *codificación*, vale decir, se elige entre formas co-ocurrentes y luego se proponen modelos; en el dialecto, dicho proceso no sucede o se produce en medida reducida.
2. La lengua tiene un *uso escrito* que, por lo general, falta en los dialectos.
3. La lengua tiene un *prestigio social* superior al de los dialectos.
4. La lengua ha adquirido una *dignidad cultural* superior a la de los dialectos.

Estas distinciones no siempre están presentes. En Italia, especialmente, encontramos dialectos, como el veneciano y el napolitano, que tienen una codificación, poseen un uso escrito y gran dignidad cultural (las obras de Goldoni y Basile). Por ello, podemos concluir que el único criterio seguro para distinguir la lengua del dialecto, en este caso, es la menor extensión geográfica de este último.

El término dialecto puede indicar dos realidades distintas:

- un sistema lingüístico autónomo con respecto a la lengua nacional, como, por ejemplo, los dialectos italianos y españoles;
- una variedad hablada de la lengua nacional; por ejemplo, los dialectos del inglés norteamericano son variedades habladas del inglés norteamericano estándar.

El autor precisa el concepto de *lengua nacional* como un sistema lingüístico adoptado por una comunidad que constituye una nación, como signo distintivo de su carácter étnico y como instrumento de la administración, de la educación y de los usos oficiales y escritos.

En Italia, la mayor parte de las personas que hablan un dialecto poseen la capacidad de usar la lengua y son, por consiguiente, bilingües. El alternar el uso de la lengua y del dialecto depende de la situación: con la familia, con individuos del mismo pueblo o ciudad se habla dialecto; con extraños, con individuos de otras regiones de Italia se tiende a hablar italiano o una variedad regional del italiano. Sin embargo, en la actualidad existe un proceso de

italianización de los dialectos (o sea una progresiva asimilación de estos últimos a la lengua nacional), fenómeno que ha continuado desarrollándose durante el presente siglo, lenta pero inexorablemente, de modo que los dialectos regionales son sustituidos por el italiano regional. Esto explica por qué es necesario distinguir, por lo menos para la mayor parte de Italia, cuatro variedades lingüísticas: italiano común, italiano regional, dialecto regional y dialecto.

El *italiano regional* es una variedad de italiano que tiene particularidades regionales, las que se advierten especialmente en la pronunciación y parcialmente en el léxico. Existen cuatro variedades regionales principales: septentrional, toscana, romana y meridional. Debido a ellas, la lengua italiana aparece geográficamente más diversificada que otras lenguas europeas.

El *dialecto regional* es una variedad del dialecto que sufre la influencia del italiano regional en uno o más niveles: fonológico, léxico, morfológico y sintáctico.

Se incluye a continuación una clasificación de los dialectos italianos. A este respecto, es importante notar que entre los dialectos septentrionales y los centro-meridionales existen notables diferencias, tanto que los dos grupos se pueden dividir con una línea que va de La Spezia a Rimini. Esta es precisamente la línea de límite que divide el territorio romance en Rumania oriental y Rumania occidental, ambas con sus grupos de lenguas y dialectos.

Luego, el autor caracteriza los dialectos italianos comparándolos con el florentino, dialecto que se constituyera en la lengua nacional. Dardano señala que en los últimos años la dialectología italiana ha enriquecido sus perspectivas y ha desarrollado nuevos métodos de análisis, ocupándose no sólo de los dialectos, sino también de aquellas variedades mixtas que se han consolidado en Italia después de los profundos cambios sociales y culturales que han tenido lugar. Para estos nuevos estudios, la dialectología se ha asociado con la sociolingüística y la antropología.

El capítulo sexto se refiere a la sociolingüística y su objeto de estudio. En él se describen, además, las funciones del lenguaje propuestas por R. Jakobson y M. A. K. Halliday. Se analiza también el repertorio lingüístico de un hablante o de una comunidad de hablantes, los subcódigos, los registros y los estilos del discurso.

El capítulo séptimo está dedicado a la lengua escrita y la lengua hablada. En primer lugar, se menciona que en Italia la lengua estándar surgió de manera artificial, al imponerse a otras variedades por la acción normalizadora impuesta especialmente por el poder político. En un primer momento, y en niveles de lengua escrita culta, la lengua estándar puede ser promovida por razones culturales, como sucedió en Italia donde la lengua de los grandes escritores del Trecentos fue proclamada por Pietro Bembo (1525) lengua de la norma literaria. Esta lengua de los escritores (con las modificaciones que siguieron) es la que sirvió de base al italiano escrito que se enseña en la escuela. Actualmente, la expansión del italiano, a expensas de los dialectos, ha modificado en parte la lengua estándar precedente. Por esta razón la "nueva lengua estándar" aparece como privada de esa imagen literaria que caracterizaba al italiano del pasado; ahora posee caracteres análogos a las variedades correspondientes de otras lenguas europeas, como el francés y el inglés. En segundo lugar, se hace una comparación entre la lengua hablada y la lengua escrita; se tipifica la lengua hablada y se describen sus características.

Los tres capítulos siguientes están dedicados a la descripción de la formación de las palabras, al léxico y a la fonología del italiano. Particularmente interesante resulta el capítulo referido al léxico, dado que es el nivel que ha sufrido mayores cambios desde la segunda guerra mundial.

El manual termina con un glosario de más de 240 términos de lingüística moderna y de retórica, una bibliografía de lingüística general, una bibliografía por capítulo y un índice analítico, secciones de gran utilidad para una comprensión más acabada de los contenidos de la obra, a la vez que para una profundización de éstos en posteriores lecturas.

Aun cuando la obra no presenta una reflexión profunda acerca de los campos de investigación que trata, se puede afirmar que el autor, mediante la revisión de los estudios de lingüística que lleva a cabo, ha logrado una síntesis adecuada de ellos, que puede constituirse en un apoyo significativo para quien se dedica a las disciplinas humanísticas. Con un lenguaje llano, de manera clara y concisa, informa sobre la lingüística general, lingüística del texto,

semántica, gramática histórica, dialectología, sociolingüística, y sobre las características léxicas y fonéticas de la lengua italiana y acerca de sus orígenes y de los cambios que ha experimentado en los últimos años. En resumen, un texto de fácil lectura que proporciona una visión comprehensiva a quienes se interesen en los estudios del lenguaje, en general, y en la lengua italiana, en particular.

ROSANNA SORIANI
UNIVERSIDAD DE CHILE